

des de algunas sustancias que usan los pintores, se habia aplicado una dosis respetable de azul de prusia. Su muerte habia sido casi instantánea, pero dolorosísima; el veneno le habia abrasado las entrañas.

Poco á poco fueron retirándose los vecinos hasta dejar solo á Mauricio en el taller, y dos ó tres mujeres permanecieron con Simona en el cuarto mortuorio velando á la difunta.

El pobre pintor sorprendido y atónito creia que cuanto le pasaba era un sueño, y con la cabeza entre sus manos se le habria tomado por uno de los manequies de su taller, si los sollozos que le ahogaban no agitaran de vez en cuando la parte superior de su cuerpo. Así pasó gran parte de la noche hasta que un acontecimiento extraño fué á probarle que el destino no se habia cansado aún de perseguirle.

LXXXI.

La aprehension.

Durante las primeras horas de la noche que sucedió á la muerte de María, gran número de vecinos de los que no se habian hallado en la casa á la hora del acontecimiento visitaron el cuarto mortuorio; algunos dijeron breves oraciones arrojándose frente al cadáver, otros tomaron de una vasija que se hallaba al pié de la cama agua bendita y rociaron con ella á la pobre muerta; otros, y fueron los mas, se conformaron con verla estúpidamente y se retiraron á sus habitaciones respectivas.

Serian las diez y media cuando seis hombres de traje decente se agruparon en la puerta y murmuraron algunas palabras que Simona no pudo comprender. Uno de ellos, de fisonomía adusta y de traje mas descuidado que sus compañeros, se introdujó al cuarto, tomó un poco de agua bendita y se disponia á arrojarla sobre el cadáver, cuando dió dos pasos atras, con el asombro pintado en el semblante, y se dirigió apresuradamente á la puerta.

Habló allí algunas palabras en voz baja con los que el acompañaban, volvió con ellos cerca de la muerta, y les señaló los labios de la pobre María por los cuales brotaba ya una espuma verde oscura que acusaba el género de muerte que había sufrido.

Aquellos hombres eran masones que salían de la logia, que como recordarán nuestros lectores, se hallaba en la misma casa que habitaba Mauricio; las fúnebres antorchas que alumbraban aquel cuarto habían llamado su atención, y se habían acercado á averiguar la causa de tan inusitada iluminacion.

El hombre que penetró en el cuarto era Ludovico; su sorpresa fué extrema al reconocer en aquel cadáver á la misma mujer á quien algunas horas ántes había visto llena de vida cuando le entregó la plancha para Mauricio y se convenció, oyendo de su boca la palabra de pase, de que era cierta la traicion de que acusaba Manuel al pintor; su sorpresa tomó otro carácter cuando advirtió la espuma que rebosaba en los labios de la muerta.

Uno de sus compañeros humedeció su dedo pequeño en aquella espuma y le acercó á su lengua. Los demas, incluso Ludovico, hicieron un gesto de repugnancia.

—Esta mujer ha muerto envenenada—dijo magistralmente el hombre que había probado la saliva.

—¡Envenenada!—repitieron en coro los otros cinco.

—Sí, señores, y con un veneno activísimo; si ustedes fueran un poco despreocupados notarian como yo en esa baba que cubre los labios de la muerta un sabor muy pronunciado á cobre oxidado.

—Seria bueno—dijo Manuel que se hallaba en el grupo—recojer un poco de esa espuma para que se haga un análisis químico de ella; acaso se ha cometido aquí un crimen.

—Ciertamente—replicó Ludovico comprendiendo la inten-

cion de su cómplice—tanto mas cuanto que tengo noticias fidedignas de que la paz doméstica y la armonía conyugal desaparecieron de este hogar hace mucho tiempo.

—¿Quién es el viudo de esta mujer?—preguntó otro del grupo.

Manuel fingiendo ignorarlo se dirigió á Simona.

—Sabe vd., señora,—le dijo—como se llama el dueño de esta casa?

—¿El marido de la difunta?—preguntó la criada.

—Sí.

—D. Mauricio Gonzaga.

—¿El perjuro! exclamaron en coro los masones.

—¿Qué cosa?—dijo la criada.

Los masones se encojieron de hombros sin contestar y salieron precipitadamente de la habitacion al corredor.

Largo tiempo permanecieron allí hablando en voz baja, y por fin uno de ellos se desprendió del grupo y se dirigió á la calle.

Era Ludovico.

El antiguo sacristan de la Misericordia andaba apresuradamente y pronto llegó á la 1ª calle de las Damas, donde se detuvo frente al zaguan de la casa núm. 6. A pesar de lo avanzado de la hora aquella puerta no estaba cerrada; un soldado frances sentado en una silla recargada contra la pared indicaba que vivia allí algun personaje del ejército frances que ocupaba entónces la capital, ó algun alto empleado del imperio.

Despues de un momento de vacilacion Ludovico se adelantó.

El soldado no se movió de su puesto.

El italiano cruzó un pequeño patio, subió una escalera alfombrada y se encontró frente á un pasadizo cubierto de cristales; allí había varios hombres de mala catadura.

—¿Qué quiere?—preguntó uno de ellos.

—Hablar al Sr. Director—contestó Ludovico haciendo una seña particular con la mano izquierda y guiñando el ojo derecho de una manera significativa.

El hombre que le había interpelado de un modo tan brusco se levantó respetuosamente y descubriéndose dijo dulcificando la voz:

—El Sr. Director ha prevenido no se le llame sino para asuntos urgentes del servicio; está recogido. ¿Dispone vd. que se le avise?

—Sí—contestó secamente Ludovico.

—Pase vd.—dijo el hombre inclinándose y señalando al italiano la puerta de la sala, y él se dirigió á las habitaciones interiores.

Mientras volvía su introductor, Ludovico recorrió rápidamente con la vista el departamento en que se hallaba. Era una sala de mediana extensión y que no estaba aun completamente amueblada. Un ajuar imperial forrado de reps verde de lana; una mesa tortuga en el centro cubierta completamente de papeles, los retratos fotográficos de Maximiliano y Carlota colocados á ambos lados del sofá; ausencia total de otros cuadros, de espejos, de cortinas, y de cuanto en la actualidad constituye el ornato de una sala; tal fué lo que Ludovico apenas tuvo tiempo de notar, cuando una voz dulce pronunció en buen francés á su espalda:

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

El italiano se levantó rápidamente de su asiento y se inclinó ante la persona que le hablaba. Era un hombre alto, moreno, de despejada frente, de ojos negros brillantes y rasgados, nariz perfectamente modelada y labios cuya forma sensual se dibujaba apenas bajo el espeso y negro bigote que los cubría. Vestía un traje color de flor de romero con franjas azules, y estaba mutilado de la mano derecha.

—Tengo el honor de hablar con el Sr. Galloni d'Istria?—dijo Ludovico.

—En persona—contestó sonriendo el director de la policía de Maximiliano—¿en qué puedo servirlos?

—Vengo á poner en conocimiento de vd. un horrible crimen—continuó el italiano—un pintor ha envenenado á su mujer, y aunque no conozco los pormenores, el hecho, que debe haber sido muy premeditado, por la discordia en que hace tiempo vivían los dos cónyuges, tiene todas las apariencias de haber sido cometido con todas las circunstancias que pueden hacerle mas odioso.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Galloni.

—Es un hombre condenado—contestó Ludovico diciendo una palabra al oído del Director de policía y estrechándole la mano izquierda.

D'Istria se inclinó.

—Le remitiremos á la plaza francesa—dijo—de allí á la corte marcial no hay mas que un paso, y de la corte á la plaza de Mixcalco el camino es mas corto aún.

—Gracias, conde—exclamó Ludovico con efusión—la orden no olvidará jamás este nuevo servicio.

Galloni se inclinó sonriendo y gritó:

—¡Claverie!

Un francés de cara redonda y color de vino, de fisonomía astuta en la que luchaba con la viveza de sus ojos de gato una expresión de perversidad muy pronunciada, se presentó en la sala.

—¿Qué manda vd.?—preguntó humildemente.

—Toma á Euchet y á dos mexicanos, aprehende á quien el señor te señale y condúcele con este parte á la plaza.

Mientras Galloni hablaba escribía con la mano izquierda algunas palabras en un papel.

—¿El nombre?—preguntó á Ludovico.

—Mauricio de Gonzaga.

—Bien, toma—añadió el Director de Policía, alargando el papel al esbirro á quien habia llamado Claverie.

Este le tomó con visible satisfaccion; no sabia de quién se trataba, pero para él era un placer conducir á un hombre á la plaza francesa como se llamaba entónces el pretorio de Bazaine, porque aquello era lo mismo que conducirle al destierro en la Martinica ó al patíbulo, y Claverie era hombre á quien le agradaba mucho que exportaran ó mataran á alguno.

Ludovico se despidió cordialmente de Galloni d'Istria, y á la cabeza de sus cuatro esbirros se dirigió á la casa de Mauricio.

Los masones le aguardaban en el corredor.

—¿Qué hay?—preguntó Manuel con ansiedad.

—Traigo la orden para aprehenderle y cuatro policías que la ejecuten.

—¿Que tal se portó Galloni d'Istria?

—Admirablemente, es un buen hermano; todo lo facilitó desde luego.

—¡Digno sosten del templo!—exclamó Manuel fingiendo entusiasmo.

—Lástima que sea de los enemigos del país—se aventuró á decir un mason novicio que habia leído el Contrato social de Juan Jacobo Rousseau y se creia liberal.

—¡Quita allá!—dijo Manuel—la masonería no tiene otra patria que el mundo.

—Sin embargo—insistió el mason candoroso á quien el tono imperativo de Manuel habia ofendido—si nuestros hermanos los liberales supieran esto nos llamarian, y creo que con justicia, traidores.

—Harian mal—replicó Manuel con mayor acritud que en

su frase anterior—y desde luego es preciso que sepas que no tienes mas hermanos que los masones y que nada importa la patria frente á frente de la orden.

—¡Blasfemo!—gritó el jóven demudado y levantando los puños á la altura del rostro de Manuel, quien se puso á temblar como un azogado.

—Calma, señores, calma,—dijo otro del grupo—no conviene tratar semejante asunto en estos momentos; aprovechémos del medio que se nos presenta para castigar al perjurio y no nos metamos en sutilezas de patriotismo que á nada conducen.

—El señor tiene razon—agregó Ludovico—voy á llamar á mis hombres.

Claverie y los suyos se dirigieron al aposento donde se hallaba Mauricio abismado en su dolor.

A pesar del ruido que hicieron al entrar, Mauricio no levantó la cabeza ni dió señales de vida.

Claverie se acercó á él y dándole un fuerte golpe en el hombro le dijo en mal español:

—Es D. Mauricio de Gonzaga á quien hablo?

Mauricio se levantó asombrado.

—Servidor de vd.—dijo.

—Sígame vd.

—A donde?—preguntó nuestro héroe.

—A la plaza francesa.

—¡Yo! á la plaza francesa ¿por qué?

—¡Ah, pícaro mexicano! tú te resistes, eh?—gritó Claverie echándole una mano al cuello—tu sabes matar mujeres y preguntas por qué te conduzco á la plaza? anda—y sacudiéndole fuertemente le sacó de la habitacion.